

PLATOS SUCIOS

...y había pedacitos de mi padre en los árboles, en la calle, en todas partes... y estaban limpiando la calle. La lluvia, la sangre, el agua, se estaban mezclando y veía cómo corría para abajo.

Francisco Letelier, al diario *La Época*.

Se levantó antes de que hubiéramos terminado. Recogía los platos en la bandeja, sin mirarnos. Con la punta del delantal limpió las migas de los platos de pan y los colocó uno sobre otro: una pila perfecta de cuatro que introdujo cuidadosamente en el agua hasta que desapareció bajo la espuma.

Limpios, pensé. Estaban limpios. Mis hermanos no levantaron la vista; engullían con esmero, como pájaros, cerrando el pico sin masticar. Yo limpié mi boca con la servilleta de tela sólo por costumbre. No había podido comer. Y continué observando cómo mis hermanos devoraban la tallarinata. Sus labios eran una gruesa línea roja: eran labios maquillados por la salsa de tomate, la

misma, la de tarro, la que chorreaba en los bordes de sus platos cubriendo los fideos que se habían deslizado sobre la mesa de madera. El mantel se habría manchado, por eso mi padre evitaba ponerlo a la hora de la cena. Pronto el trapo húmedo eliminaría los rastros de mis hermanos. Debieran apurarse y llevar sus platos sucios a la cocina, pensé sin dejar de mirarlos. Iván tomó un trozo de la panera, miró hacia adelante sin verme y bajó los ojos nuevamente; repasó los dibujos del plato con la miga hasta dejarlo limpio. Casi. Pedro imitó la operación; luego se pasó la lengua por los labios y sonrió. Yo no sonreí. Fui directamente hacia la cocina con el plato limpio entre las manos. Mi padre no me miró mientras yo apretaba la toalla de papel sobre el óvalo y lo dejaba seco dentro del mueble. Un plato menos que llenar de espuma y enjuagar, pensé. Al salir sentí como él abría el estante de la vajilla, con las manos mojadas, y tomaba el primer plato, mi plato pulcro, y lo lanzaba bajo el chorro de agua caliente. No me detuve hasta el baño. Ahí me lavé las manos y la cara con agua fría y bastante jabón. Y después los dientes, los diez minutos reglamentarios para que el flúor hiciera su efecto. De tanto cepillarme empezaron a sangrar las encías y sentí un alivio enorme al recordar las palabras del dentista: si sangran es que están infectadas, es que han estado sucias sucias demasiado tiempo. Me senté en la taza y estuve ahí un rato, masajeando mis tripas hasta que se vaciaron por completo. Tiré la cadena y

cuando el depósito terminó de llenarse aún pude escuchar a mi padre en la cocina. En media hora todo estará impecable, pensé. Impecable. Sonreí con mi boca gusto a metal, a menta. Y pensé varias veces en esa palabra; manché el delantal impecable de mi padre con ella, me la metí en la boca para que se adosara a los cuellos de las encías como una masa blanda y pegajosa. Todavía sentada en la taza alcancé con la mano el agua del fondo, agua cristalina, mientras oía a mi padre fregando los platos otra vez, y las seis tazas de té con sus platillos. Los vasos sucios, y los vasos limpios. Las cucharas y el resto de la vajilla. Me lavé por detrás, entre las piernas. Con los mismos dedos fríos, inodoros, desaté el nudo de la bolsa plástica que llevaba en el bolsillo interior del chaquetón y saqué la marraqueta que había dentro. Está obsesionado, me dije mordiendo el pan. Cerré la boca mientras masticaba, luego desprendí otro trozo con una felicidad profunda, total. La bola iba adquiriendo el rugoso relieve de mi paladar. Fui transformándola en una pasta húmeda que subía por la nariz; apenas podía respirar pero no tragué. Dejé que cubriera mis dientes, y cuando estuvo completamente líquida, a punto de escurrirse por la comisura de mis labios, comencé a escupir. A escupir. El espejo. El lavamanos. La bañera. El piso de linóleo. Mis manos se cubrieron con esa materia pálida (cesó el ruido en la cocina, pensé); y la ropa llena de esa pasta harinosa (cesó el ruido, ahora limpia sobre el mesón con una esponja), y la cara

salpicada de pan (el piso, con el trapero). Abrí la puerta. Con la boca vacía llamé a mi padre.

Lina Meruane

Santiago de Chile, 1994.

(Este cuento fue publicado en la *Revista Plagio*, Chile, en 2004)